

Diablotexto

Digital



**Voces espectrales. La sombra de Malvinas,
las sombras de la Historia**

***Spectral Voices. The Shadow of
Malvinas, the Shadows of History***

**MARÍA A. SEMILLA DURÁN
UNIVERSITÉ LYON 2**

marian.semilla@gmail.com
<http://orcid.org/0000-0001-8274-2056>

**Fecha de recepción: 10 de mayo de 2022
Fecha de aceptación: 12 de junio de 2022**

***Diablotexto Digital* 11 (junio 2022), 38-63
DOI: 10.7203/diablotexto.11.24713
ISSN: 2530-2337**



Resumen:

En este trabajo intentamos analizar la consolidación de la figura espectral en algunos relatos de *La guerra menos pensada*, colección compilada por Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (2020). La construcción discursiva y narrativa en torno al espectro ha ido ganando terreno en la literatura hasta ser omnipresente. Identificamos sus diversas manifestaciones en el corpus seleccionado: la poética espectral, los universos ambiguos situados entre lo real y lo fantasmal, las voces de los espectros y los muertos que vuelven, los fantasmas propiamente dichos. Detrás de todas esas versiones se hacen presentes no solo los muertos, sino todos los silencios, las pérdidas y los olvidos impuestos, que retornan sin énfasis pero sin pausa, en relatos enunciados por testigos indirectos que dan cuenta del daño infligido a la sociedad entera por el terrorismo de Estado.

Palabras clave: Guerra de Malvinas; espectros; literatura; testigos

Abstract:

In this paper we attempt to analyse the consolidation of the spectral figure in some stories of *La guerra menos pensada*, a collection of stories compiled by Victoria Torres and Miguel Dalmaroni (2020). The discursive and narrative construction around the specter has been gaining ground in literature and has become omnipresent. We study its diverse manifestations in the selected corpus: the spectral poetics, the ambiguous universes located between the real and the ghostly, the voices of the specters and the returning dead, the ghosts themselves. Behind all these versions are present not only the dead, but all the silences, the losses and the imposed oblivion, which return without emphasis but without pause, in stories told by indirect witnesses who account for the damage inflicted on society as a whole by State terrorism.

Key words: Malvinas war; specter; literature; witnesses



Al cumplirse en 2022 los 40 años de la guerra de Malvinas, nuevos textos, nuevas lecturas, otros enfoques o ángulos de abordaje re-leen o re-presentan una escena del drama nacional que condensa múltiples dimensiones simbólicas y otras tantas paradojas inescindibles de nuestro imaginario. La diversidad y la continuidad de la producción en torno a Malvinas han constituido progresivamente un corpus amplio, que abarca distintos registros, géneros y perspectivas. En lo que se refiere particularmente a los textos acuñados por la literatura, la crítica viene intentando –parcialmente, hasta hoy– trazar y definir las líneas de evolución, las periodizaciones posibles y las inflexiones que caracterizan la producción de cada época.¹

En un trabajo anterior (Semilla Durán, 2022), hemos destacado algunas modulaciones observadas en los últimos años que nos parecen significativas. Decíamos entonces que en literatura se pueden distinguir tres planos al relatar la experiencia de la guerra, que se completan y alían para profundizar, a la vez, la representación y la reflexión: el espacio de los muertos –el territorio–, el espacio de los sobrevivientes –el testimonio–, el espacio de los fantasmas, que si bien no pueden ser considerados como parte de la experiencia objetiva de una realidad comprobable, pueden ser entendidos como una experiencia íntima y constante, tal como indica su aparición al final de *Las Islas*, de Carlos Gamerro, o el hecho de que la voz del fantasma sea la voz narradora en *Trasfondo*, de Patricia Ratto. En *Fantasmas de Malvinas*, Federico Lorenz los escucha, dialoga con ellos, y les confiere, en el relato de un viaje real, una entidad y una función. En la medida en que, desde la Historia –como experiencia y como profesión– Lorenz incorpora los fantasmas a un relato en el cual la subjetividad del escritor se impone sobre la objetividad científica, abre una puerta hacia dimensiones latentes que serán cada vez más transitadas por la literatura.

Otras modulaciones han venido a sumarse a estos procedimientos que desdibujan las fronteras entre lo real-realista y lo real subjetivo, siempre en

¹ Ver, entre otros: Drucaroff, E. (2011); Molina, M.E. (2008); Segade, L. (2011); Svetliza, E. (2015); Semilla Durán, M.A. (2016); Souto L.C. (2018).



búsqueda de revelar las capas más profundas del imaginario que funda la construcción histórica. Como señalábamos en un trabajo precedente (Semilla Durán, 2016), son observables dos estrategias contradictorias que se suceden: historizar, en los primeros textos, que se insertaban en una estrategia de representación localizada y fechada de manera directa o indirecta (Fogwill, Gamarro); y deshistorizar, en otros más tardíos, que prescindían de esas referencias espaciales y temporales, confundiéndolas o reduciéndolas al máximo; en suma, desrealizándolas (Pron, Ratto). En el caso de estas últimas, los procedimientos discursivos utilizados responderían a una retórica de lo espectral, en la cual la desmaterialización parecería ir a la par de la deshistorización. De narrar la experiencia de la guerra se pasa a convertirla en metáfora, ya sea del capitalismo o del país y su circunstancia.

A medida que el corpus de textos se amplía, nuevas perspectivas parecen superar las lógicas nacionales e integrarlas en lecturas universales. (Semilla Durán, 2022). En esos casos podremos constatar un retorno de lo histórico, pero en un marco que trasciende geográfica y temporalmente los relatos precedentes, y donde la guerra de Malvinas es un episodio más, mencionado o sugerido –aludido o eludido– en la Historia universal. En efecto, textos como *Los muertos de nuestras guerras*, de Federico Lorenz, y *Wërra*, de Federico Jeanmaire, que en principio no atribuiríamos a la literatura de Malvinas, *desvían la atención hacia otras guerras*, autorizando al mismo tiempo la intrusión de la experiencia de Malvinas, y dan lugar a cuerpos textuales atípicos:

La Historia con mayúscula será un territorio donde la historia de Malvinas emerja de manera indirecta, azarosa, oblicua; como una presencia fantasmal que se asoma y se desvanece, que interfiere en las historias bien documentadas de otras guerras de mayor magnitud, *como una latencia, como una fugaz, intermitente, aparición*² (Semilla Durán, 2022).

Lo que se teje y vuelve a tejer entre estos textos son las relaciones que pueden establecerse entre memoria e Historia, a la luz de la reflexión crítica y de las interpretaciones sucesivas. Es decir, de la historización de la lectura o de la

² Las cursivas no están en el texto original. Es con respecto al razonamiento actual que me parece útil destacar la secuencia.



escritura que relea la Historia y la memoria y, con ella, la historización del imaginario comunitario que recuerda.

Si prestamos atención a lo expuesto hasta aquí, veremos que, se trate de la historia narrada o de los procedimientos escogidos para ello, en ambos casos convergemos hacia un paradigma que parece afirmarse y expandirse: el de lo *espectral*, el de la *aparición*. Veamos si esta conclusión se confirma al confrontarla con algunos textos más recientes, producidos a 40 años de la guerra. Entre los nuevos relatos publicados en 2022, nos ha interesado particularmente la compilación realizada por Victoria Torres y Miguel Dalmaroni, intitulada *La guerra menos pensada* (Alfaguara, Buenos Aires, 2022), con prólogo de Sergio Olguín y que reúne 17 textos, escritos especialmente para la ocasión por autores consagrados y pertenecientes a distintas generaciones³.

El análisis de ese corpus complejo, en el que se multiplican las perspectivas, se amplían los límites y se incorporan contextualizaciones antes no exploradas, nos ha permitido confirmar algunas intuiciones, especialmente en uno de los espacios mencionados más arriba: el de los espectros y sus derivaciones.

Podemos observar que son muy pocos los relatos –quizás sería más exacto decir las secuencias de relatos- que se abocan a la representación de la guerra misma y de las experiencias de los combatientes. La mayoría de los textos se desarrollan en ámbitos o tramas colaterales: ya se trate de experiencias vividas en la infancia, en las que la resonancia de los acontecimientos es refleja o incierta, o bien de recuerdos de la adolescencia en los que la Historia ha dejado una huella inseparable de la historia íntima y personal; o bien de vivencias simultáneas desde el punto de vista temporal pero relacionadas de manera vicaria o indirecta con los hechos. Tramas, en todo caso, sobre las que se cierne

³ Los relatos incluidos en la compilación son: “Lejos de casa”, de Luis Gusmán; “Todo el tiempo del mundo”, de Marcelo Figueras; “Archipiélago remoto del Atlántico Sur”, de Ariana Harwicz; “Permafrost”, de Perla Suez.; “Retaguardia”, de Jorge Consiglio; “Ejército enemigo”, de Hernán Ronsino; “Pretérito imperfecto”, de Clara Obligado; “Historia del avión”, de Edgardo Scott; “Ejercicios de oscurecimiento”, de Sonia Cristoff; “La carta de un soldado”, de Gloria Peirano; “Ismael”, de Carla Maliandi; “El beso de la mujer cucaracha”, de Raquel Robles; “El hombre en el cajero”, de Mariano Quirós; “Nuestra guerras portátiles”, de Mauro Libertella; “Las chicas del 63”, de Mónica Yemayel; “Fragmentos de un relato imposible”, de María Teresa Andruetto.



como una sombra lo perdido en el pasado. La mayoría de las contribuciones parten de un lugar excentrado, periférico, de alguna manera *intervenido* por la intensidad dramática del estallido. El carácter a la vez introspectivo y mnémico por el cual se apela a la vivencia en la mayoría de los casos denota un distanciamiento que va más allá de lo temporal, y que, paradójicamente, en muchos casos no solo no implica alguna forma de olvido sino que va incorporando saberes antes inalcanzables, para modificar la imagen del recuerdo y acceder a una mayor comprensión de una historia de la cual no se apropiaron totalmente sino gracias a una reflexión diferida. Más que las circunstancias concretas de la guerra, tan conocidas y debatidas, los textos ponen en escena sus consecuencias, derivaciones y efectos en escala reducida, es decir, en las historias de la Historia. La comprensión, imperfecta, inducida por los ecos inconexos que el niño o el adolescente recibieran, es el territorio al que se vuelve para trabajar la tierra de la memoria y enraizar los duelos. Desde ese punto de vista, muchos de los relatos reproducen los esfuerzos de lectura que la comunidad ha efectuado en estos cuarenta años para darles un lugar en sus vidas a los muertos y a los sobrevivientes; el lugar que se les había negado en el momento del regreso. Son los faltantes los protagonistas, esos que están sin estar pero que estuvieron y no se han ido. De allí quizás el final del texto de Luis Gusmán, “Lejos de casa”, cuyo narrador encuentra en un cementerio de la Puna jujeña la tumba vacía de un tripulante del ARA General Belgrano. Luego de un momento de recogimiento, el visitante se expresa, casi como un intérprete de la experiencia de la sociedad argentina en su conjunto:

Recordé una frase del poeta: “La tumba exige de inmediato el silencio.” *Sí, pero no el olvido.* (mis cursivas, p. 24)
Sólo el pudor de permanecer más tiempo del debido me dio fuerzas para alejarme; *todavía ni siquiera digo para irme.*⁴

Se confirman además otras tendencias ya observadas en textos recientes: la disminución radical de la farsa o el absurdo como discursos apropiados para vehicular la evocación de la experiencia bélica; la atenuación de los planteos nacionalistas, la ampliación y creciente complejidad de la figura del fantasma,

⁴ El subrayado es nuestro.



que se cuele por todos los intersticios y constituye a veces el eje del relato. La disociación frecuente entre cuerpo y materia, o bien el adelgazamiento de la materia que la pone en el borde de la disolución, son otros tantos componentes de la poética de lo espectral.

Lamentamos vernos obligados, por razones de espacio, a priorizar como objeto de análisis esta vertiente, en detrimento de otras que merecen ser analizadas. Esta opción implica que no prestaremos igual atención a todos los relatos, sino que nos centraremos en aquellos que se dejan penetrar por la poética espectral, lo cual no significa tratar únicamente los casos en los que hay *presencia del fantasma*, sino también apuntar a todos aquellos rasgos discursivos que van creando atmósferas espectrales, territorios fronterizos entre lo real y lo irreal, ambigüedades inquietantes y subjetivaciones intensas, que se imprimen sobre la percepción del mundo como huellas de una herida que no cicatriza.

Duelar

Antes que nada, precisemos que el contexto en el que se produce esta literatura y la mencionada impregnación de lo espectral es un extenso período de duelo por los caídos, por una utopía patriótica, por una derrota sin atenuantes, por un territorio perdido, por una engañosa unidad nacional. Duelo por un reconocimiento largo tiempo denegado, por sufrimientos traumáticos, olvidos y traiciones; por los suicidados, por los soldados argentinos *only known by God*, por una gratitud debida y tan poco cultivada...Y por una guerra que se vivió como heroica y que nunca pudo ser reivindicada, porque la iniciaron los militares genocidas y se terminó con la confirmación del poder imperial.

En tanto experiencia traumática, la guerra de Malvinas constituye una herida, psíquica, tanto en el plano individual como en el plano colectivo, que dejará una cicatriz permanente. Silvina del Maso Otano, al comentar un texto de Freud ("Manuscrito G", 1991), nos recuerda que "las cicatrices son marcas que dejan los cortes, marcas sobre los cuerpos, sobre la piel, sobre la superficie" (2012: 206), marcas que reclaman una inscripción simbólica.



En la historia reciente de Argentina hay un proceso similar, el duelo por los desaparecidos, que también se extendió a lo largo de casi medio siglo. Según Lacan, “El rito introduce una mediación con respecto al abismo que el duelo crea.” (2017: 376), Si bien el ritual tradicional no ha podido tener lugar en la mayoría de los casos de desaparición, dada la ausencia de los cuerpos, otras mediaciones se han construido colectiva e institucionalmente; mediaciones que han cimentado el trabajo de duelo, aunque el *agujero en lo real* que dejaron nunca llegue a colmarse⁵.

En ambos casos: el de los desaparecidos, el de los caídos en Malvinas, la dificultad para asumir la dimensión abismal de la ausencia tiene que ver con las condiciones de ocultamiento, falsificación, distorsión y negación de los hechos que el terrorismo de Estado practicó. Y si bien el contraste entre la utilización política de la Operación Malvinas para convocar masivamente a la población y la clandestinidad de los secuestros y exterminios de militantes es radical, en ambos casos se perdieron vidas jóvenes y cuerpos sufrientes; se sustrajeron a los familiares las verdaderas circunstancias de las muertes, se prohibieron la palabra y el acto rituales. Y en ambos casos el reconocimiento institucional fue tardío, fruto de una lucha sostenida y una conjunción de políticas de Estado que no todos los gobiernos han respetado debidamente.

Mariana Tello Weiss, en un remarcable trabajo que aborda desde el ángulo antropológico las “historias de fantasmas” surgidas en torno a los campos de concentración de la dictadura, llama la atención sobre la necesidad de resignificar el fenómeno de la desaparición gracias a la palabra de los testigos, para poder instalarlo como fenómeno social:

Pero lo cierto es que lo clandestino, lo oculto, no fue necesariamente invisible. Entre la construcción de la autoridad testimonial que permite construirse en testigo y la total ignorancia de la situación, *las historias de fantasmas constituyen una narrativa liminar, donde “lo que debe ser dicho” y “lo que debe ser hecho”*⁶ (Gordon, 2008) encuentra un lugar. [...]

⁵ Cuando hablamos de mediaciones nos referimos tanto al trabajo de Madres, Abuelas e H.I.J.O.S., organizaciones de DDHH, como a las políticas de Estado de Memoria, Verdad y Justicia inauguradas por el gobierno de Néstor Kirchner, continuadas durante los dos mandatos de Cristina Kirchner y retomadas por el actual gobierno de Alberto Fernández. También respecto a las pérdidas de Malvinas ese proceso de reconocimiento institucional, aún incompleto, se ha ido consolidando durante los mismos períodos y sigue hoy en día ganando en amplitud.

⁶ El subrayado es nuestro.



Muertos sin cuerpos, cuerpos sepultados en lugares imprecisos tras haber sufrido inimaginables tormentos, desdibujan los límites entre la vida y la muerte (Durkheim, 2003; Mauss, 1979) [...] (Tello Weiss, 2016: 35).

Si bien los soldados de Malvinas no fueron literalmente *desaparecidos*, lucharon lejos y sin que se conocieran las condiciones extremas de su sacrificio. Se los situó en una especie de ajenidad geográfica y existencial, excepto cuando se estimuló en su torno el mito patriótico con fines de recuperación política. Cuando los sobrevivientes volvieron, se los “desapareció” mediáticamente, se censuró todo relato, y vivieron la paradoja de sentirse más ajenos que nunca al retornar a casa. Al trauma de la guerra, se suma el de la des-inscripción simbólica, la caída desde la posible sacralización heroica a la marginalización histórica y social. Heridas individuales y colectivas que obligan a replantearse la totalidad de los valores transmitidos, la labilidad de los vínculos y el sentido de la palabra Patria. Romina Mariana Marcaletti sintetiza las secuelas del trauma y amplía sus alcances:

Malvinas sangra, late con el recuerdo de un daño pasado que nos dice hoy lo que no somos, lo que no pudimos ser. Destruye el sueño de “Argentina potencia”, lastima la autoestima nacional, nos brinda un panorama de lo que nos dejamos hacer. Malvinas, en el fondo, es *una herida abierta*⁷. Malvinas somos nosotros, atravesados por una historia que aún tiene consecuencias en el presente (2012: 90).

Los bordes visibles de la herida: los veteranos pidiendo limosna, los mutilados o los suicidas fueron expulsados hacia los márgenes, y el Estado no prestó asistencia a los vivos ni tumbas a los muertos. También en este caso podríamos hablar con cierta legitimidad de prácticas que desdibujan los límites entre la vida y la muerte; es decir, que engendran fantasmas.

La poética de la espectralidad aparece así como una manifestación lógica de la constante presencia de los ausentes. La literatura, por su parte, se suma a esos rituales de duelo, al nombrar y volver a nombrar, al contar y seguir contando, en un acto casi ininterrumpido de repetición, que colabora con la inscripción de la ausencia en la conciencia individual y colectiva.

Para concluir esta introducción, nos parece importante ampliar la definición habitual del espectro más allá de sus aplicaciones literarias. Gabriel

⁷ El subrayado es nuestro.



Gatti, en *Surviving forced disappearance in Argentina and Uruguay* insiste, refiriéndose a ese territorio fantasmal que alberga a los detenidos-desaparecidos, en el carácter paradójico de la figura

[...] Ghosts are known for conjuring images of de sinister, which is what has not definable status: it is a non-person, something whose existence is uncertain [...] something that is not here [...] absent and present at the same time (2014: 30s.).

Avery Gordon, por su parte, introduce en *Ghostly matters. Haunting and the Sociological Imagination* una nueva mirada desde una sociología heterodoxa, y extiende la significación del término cuando observa: “The ghost is not simply a dead or missing person, but a social figure, and investigating it can lead to that dense site where history and subjectivity make social life” (2008: 8). A partir de esa premisa, admitimos que lo social incide inevitablemente sobre la subjetividad y, muy especialmente, todas las represiones, desapariciones, ausencias y pérdidas causadas por las condiciones de la vida moderna. Tratar de desnudar eso que está *detrás de lo que se ve* o de lo que se ha dicho y/o sabido, el proceso que Gordon denomina “haunting”, implica “a process that links an institution and an individual, a social structure and a subject, and history and a biography” (2008: 19). Esos vínculos constituyen el núcleo de muchos de los relatos de la colección, aun cuando el espectro no sea explícitamente convocado.

Las voces

Una mayoría de los relatos está narrada en primera persona, y ese narrador es a la vez un personaje de la historia, protagónico o no. Lo que se cuenta es a menudo evocado en un ejercicio de memoria, que puede responder a una necesidad introspectiva o bien organizarse en torno a un(os) *otro(s)*, recreado(s) y re-presentado(s); re-vivido(s) por la voz de un testigo más o menos directo, más o menos implicado. Hay casos en los cuales esas voces son múltiples y establecen una suerte de contrapunto polifónico en el interior del relato, donde cada una aporta su percepción fragmentaria a fin de construir una totalidad perforada que admite incursiones –intrusiones– de otros mundos paralelos, subterráneos e insomnes. Hay presencias invisibles que son vistas, y voces del más allá que resuenan en nuestros oídos. Y zonas inciertas pobladas de sombras.



En los relatos reunidos en el volumen hallamos testigos directos que evocan su propia experiencia de la guerra, y otros que son narradores testigos de otras vidas – o muertes–; de ausencias que han quedado suspendidas entre la memoria y la incredulidad. Y justamente es ese conjunto de tramas agujereadas el que propicia las numerosas incursiones en territorio de fantasmas. Observamos variaciones significativas y diferentes grados de construcción de la figura, que puede ser ilustrada por una retórica, una atmósfera o un personaje. Intentaremos a continuación analizar sus modalidades y significaciones.

Observamos en varios relatos una estrategia discursiva – retórica– de la espectralidad, cuya función es dar cuenta del extrañamiento que el acontecimiento produce en las subjetividades de los diferentes narradores. No se trata entonces de textos en los cuales el fantasma *aparece* en la trama, ni de aquellos en los cuales el lector no puede resolver la duda acerca de su pertenencia al mundo de lo real o al de lo espectral, sino de los casos en los cuales el discurso sugiere atmósferas en las que lo real percibido es leído como fantasmático.

Cuando el acontecimiento disruptivo –el desembarco en Malvinas– afecta la vida cotidiana, regulada según un cierto orden, de un personaje –el concripto narrador de “Retaguardia”, el hijo de Briceño en “Ejército enemigo”, la adolescente de “Ismael” o la narradora de “Las chicas del 63”–, la incredulidad y el desarraigo ante los datos de la realidad tiñen la subjetividad de cada uno de esos testigos fortuitos. Sus miradas proyectan sobre el mundo la propia incertidumbre, y con ello, lo pueblan de fantasmas que, no por ser ficticios, son menos sintomáticos. Varias posibilidades se despliegan a partir de esa operación: la proliferación de los “como si”, el recurso a la comparación que superpone a la percepción un velo desrealizador: “las batallas y las muertes se veían desde Buenos Aires *como detrás de un tul*” (Yemayel, 2022: 215), tul que vela por igual la batalla distante y los veteranos, tan próximos, que reparten almanaques en los colectivos. El silencio, la culpa o el pudor hacen que la sociedad, a pesar de que los ex combatientes toman la palabra para contar sus historias, siga apostando a una forma de denegación. Esa especie de



desconcierto ante aquello que forma parte de la experiencia toma a veces un cariz más asertivo, en el que el “como si” indica una transición hacia otras formas posibles del ser. Mirando a los excombatientes que acaban de regresar de las Islas, el narrador de “Retaguardia” es un operador activo de esa metamorfosis: “Parados en medio de la nada, huérfanos. Invisibles, clandestinos, borrosos, desdibujados, *como si* a cada segundo perdieran sustancia. Parecen fantasmas” (Consiglio, 2022: 73). La progresión declinada por los adjetivos culmina en un nombre que los condensa y les atribuye una entidad, una definición, un ser *otro*. En realidad no es su materialidad la que está en duda; sino que la representación, al significarlos en su orfandad, sella la percepción que los marginalizará en el futuro.

En el caso del relato de Ronsino, el juego de espejos entre lo real y lo imaginario es más sofisticado y perverso. Hay una construcción real, efectiva, de una realidad paralela y fraudulenta, de una trampa en la que cae el hijo de Briceño. Una guerra real lejana y una supuesta guerra local que la replica constituyen el laberinto en el cual se extravía el hijo de Briceño, abandonado a su desamparo en las costas de la isla Martín García. Los que le han tendido la trampa son los que lo hacen desaparecer, los que lo convierten en un espectro. A su vida prestada y en cierto modo ficticia, sucederá probablemente una muerte que nunca será nombrada, sacrificada a la propia obsesión: Se sentó ahí, sobre una piedra mirando el horizonte con el fusil en la mano: le quedaba una sola bala en la recámara. Cada tanto, en el fondo, detrás de la niebla, se le dibujaba un espejismo, parecía una ciudad, parecía Buenos Aires que se agrandaba y desaparecía, que se acercaba y se alejaba misteriosamente como si fuera silueta del ejército enemigo (Ronsino, 2022: 91). La mirada proyecta sobre la ciudad a la vez el extrañamiento del prisionero y su propia condición: el verdadero espejismo es esa vida residual de Briceño, usada y desechada.

Algo similar ocurre con el final de “Ismael”, de Carla Maliandi. El cuento, sobre el que volveremos más abajo, instala la presencia en el mundo del espectro, de la que la narradora es testigo directo. Cuando, mucho tiempo después de esa experiencia, la narradora vuelve a pasar por la casa donde ha dejado al fantasma, apunta: “Las ventanas parecen opacas. Y si hubiera gente



asomada, las cosas aparecerían borroneadas, diluidas” (Maliandi, 2022: 159). Una vez más, es una subjetividad aún herida la que proyecta sobre el lugar y el tiempo la impronta de la espectralidad, como si el fantasma tuviera el poder de convertir lo real a su imagen y semejanza, de contaminarlo con su vacilación entre la vida y la muerte.

En cada uno de estos ejemplos hay una mirada subjetiva que reconoce o construye al espectro desde su distancia o lateralidad con respecto a los acontecimientos. O, quizás, que percibe ese carácter fantasmal porque, como dice Janice Radway, “This spectres or ghosts appear when the trouble they represent and symptomize is no longer been contained or repressed or blocked from view” (en Gordon, 2008).

Entre dos

Otros textos, como “Fragmentos de un relato imposible”, de María Teresa Andruetto, “Archipiélago remoto del Atlántico Sur” de Ariana Harwicz, o “Permafrost”, de Perla Suez, crean una atmósfera en la cual la indefinición sistemática, la labilidad de los cuerpos y el carácter abstracto de los lugares donde se mueven, así como la ambigüedad discursiva, hacen que el lector se enfrente a un universo más alucinatorio que real, más espectral que humano.

“Fragmentos de un relato imposible” es un texto híbrido, un collage en el que se entrecruzan diversas voces y registros discursivos. De ese conglomerado aparentemente anárquico de materiales dispersos y a-cronológicos resulta una suerte de interpelación reflexiva sobre las historias en la Historia, las herencias y las fatalidades. En torno a la historia de una familia en la cual tres generaciones de hombres han participado en guerras, orbitan otros relatos aparentemente inconexos, hechos confusos y voces no identificadas. Todo hace suponer que el hijo ha muerto en las Islas, y que se ha cumplido con esa muerte la profecía que le había hecho una quiromante al padre, antes de que embarcase para América Latina. Pero entre las escenas de guerra cuyos protagonistas no tienen nombre, algunas pueden legítimamente leerse como episodios que se inscriben en la misma herencia familiar y otras no. Hay lugares, secuencias temporales, vínculos filiales que no encajan. Pueden seguirse con atención los indicios



dispersos que trazan el itinerario del soldado signado por la profecía. Pero es imposible saber si ésta se ha cumplido, a menos que tomemos literalmente el comentario de la hermana, una de las narradoras: “Creer o reventar” (Andruetto, 2022: 230). En todo caso hay posibles incongruencias narrativas, cronologías desordenadas, abismos que se atestiguan pero no se atribuyen. Suponemos que esas incertidumbres forman parte de una estrategia que, por un lado, parece multiplicar los sujetos y las experiencias, en la medida en que aquellos a los que se dirige la elocución no son nombrados; y con ello producir una suerte de diseminación con vocación totalizante. Una sola matriz de relato serviría entonces para todos, un mismo horror los contendría, fuese cual fuese su historia personal, el lugar al que lo destinaron y el modo en que murieron. Vemos entonces que no podemos hablar, en este caso, estrictamente de espectros. Pero la deliberada incertidumbre que siembra el texto, las hilachas de voces y experiencias anónimas, los tiempos detenidos o regresivos, las acronías, y la confesión de impotencia de la narradora inicial, que cierra el texto: “Quiero contar lo que pasó, pero no puedo. No alcanzo a ver más allá. Estoy ciega.” (Andruetto, 2022: 238) crean una atmósfera espectral, en la que la muerte omnipresente avanza paso a paso hasta ocuparlo todo: “Tengo diecinueve años y he visto morir, he visto matar y ya he matado. Uno de los nuestros. Lo arrastramos hasta el galpón. Pasamos toda la noche al lado de su muerte” (Andruetto, 2022: 232).

Nos parece sintomática esta última formulación: “al lado de su muerte”, no “a su lado”. Ante la imposibilidad de incorporar tal experiencia, la muerte se esencializa y los posee, los iguala, adelgazando así las fronteras que la separan de la vida: “no estás solo, estás con otros, hay otros muriendo junto a vos, un día y otro. Otros muriendo. *Como si vos también hubieras muerto*” (Andruetto, 2022: 234).

Los otros dos textos mencionados más arriba, “Archipiélago remoto del Atlántico Sur” de Ariana Harwicz y “Permafrost”, de Perla Suez, presentan ciertas características comunes. En los dos casos se pone en escena el diálogo entre dos personajes, en el paisaje totalmente hostil de las Islas. Harwicz propone una dramaturgia alucinada, en la que dialogan las voces de dos desertores, S1 y S2, que recelan el uno del otro. La interlocución transgrede las reglas de la



comunicación ordinaria, y en ella se mezclan chispazos poéticos, insultos, retazos de noticias, críticas al gobierno argentino y al Ejército, elucubraciones con respecto a los *british* y su eficiencia guerrera: “Son perros entrenados para correr en círculo. Los perros argentinos van atrás con la lengua afuera” (Harwicz, 2022: 45). Hambre, miedo, ira, frustración saturan el discurso. Pero ya desde el Acto 3 hay indicios que comienzan a construir, subrepticamente, otra realidad latente: “Tengo el cuerpo desnudo, vaciado de órganos, sin fetidez, listo para el experimento sobre la camilla” (Harwicz, 2022: 44-45), dice S2 en medio del diálogo. La imagen del cadáver irrumpe de pronto en una escena inmóvil, sin violencia aparente si no fuera por los estallidos lejanos –“se trata de un enfrentamiento inmóvil sin héroe ni batalla” (Harwicz, 2022: 42)–, y la contamina. En la última secuencia solo subsiste una identificación genérica: “Soldado”, cuya voz desnuda el fraude de las guerras y los nacionalismos, así como la barbarie militar y la indefensión ante tales máquinas mortíferas:

El tema no es tanto odiar al garca inglés nacionalista o al agresor argentino nacionalista, es el auto odio. El golpe cívico militar. Los delatores. Cuando te enfrentás a ellos, aunque vayas ganando, sabés que vas a perder. No sabés cómo, ni por qué, pero no podés ganar nunca (Harwicz, 2022: 46).

La referencia a la inauguración del cementerio argentino en Darwin, “inaugurado sobre nosotros” (Harwicz, 2022: 46) revela una verdad diferida, que ya se había infiltrado en el discurso, y que confunde los tiempos y las voces. ¿Los S1 y S2 estaban vivos cuando hablaban? ¿El Soldado de la secuencia final cuenta una historia ya ocurrida o una historia que está ocurriendo? ¿Cuál es el presente de la Historia y de dónde llegan las voces?

Los ingleses y argentinos sepultados entre gallos a medianoche en un helado descampado en los terrenos de un cementerio cristiano. El cura llega tarde. Los cuerpos ya están a varios metros por debajo de la tierra *como fantasmas*⁹ (Harwicz, 2022: 46).

La intrusión del espectro, anunciada, desestabiliza el marco de la dramaturgia inicial, borra los últimos rastros de identidad, confunde los vivos y los muertos, amigos y enemigos, en un más allá de ojos abiertos.

⁹ El subrayado es nuestro.



Perla Suez, por su parte, sitúa a Romero y Castro, dos soldados cuya función es bombear combustible, en “una casilla precaria en medio de la nada” (2022: 49), en el territorio de las Islas.

Los dos protagonistas están solos en la inmensidad helada de la isla. Realizan mecánicamente la misma tarea todos los días, alejados del frente de batalla, del que solo reciben noticias fragmentarias de una radio que capta las transmisiones inglesas. El chófer del camión cisterna que viene todas las mañanas a recoger el combustible que ellos bombean es una presencia fugaz e inasible. Encerrados en un cara a cara impiadoso, dan fe el uno del otro. Alrededor de la casilla solo hay nieve y el sonido del oleaje que se estrella contra las rocas. Cuando Castro sale a caminar, “la caída persistente de la nieve iba borrándole las huellas” (Suez, 2022: 53), como si la intemperie lo desmaterializara. En esa excursión solitaria Castro llega a un espacio extraño: “Era una mancha perfecta en medio de la tundra. Brillaba con una luz tenue, quedó hipnotizado” (Suez, 2022: 54) y es testigo de un fragmento –un resto– del horror que la guerra siembra a su paso y que no hubiera debido ver: el brazo y la mano de un soldado que flotan en el agua por debajo del hielo. Algo ha venido a quebrar la calma aparente de una guerra distante, que solo se vive de oídas: la esquirla inexplicable de un cuerpo que hubiera podido ser el propio. A partir de entonces el desasosiego se instala poco a poco y con él, un clima de pesadilla. También en este caso hay imágenes anticipatorias de lo ominoso:

Todo era silencio. El horizonte blanco se fundía con el gris del cielo. *Un lugar enterrado sin tiempo.*

Estaban fatigados. Castro se quedó dormido y Romero *se acostó con las manos sobre el pecho*¹⁰, pensaba, inquieto. Castro pegó un grito. Llamaba a alguien como un niño que despierta en medio de la noche (Suez 2022: 55).

Dos versiones contradictorias del fin de la guerra –vencieron los ingleses, vencieron los argentinos– no hacen más que acentuar el adelgazamiento de las amarras que los ligan a lo real. En ese rincón fuera del mundo al que los han relegado, la única certeza es la llegada del camión por las mañanas. Hasta el día en que el chófer desaparece como si se desvaneciera en el aire, “sin dejar

¹⁰ Los subrayados son nuestros.



huellas” (Suez, 2022: 57), y la frágil construcción de lo real vacila. ¿Cómo existir en lo sucesivo, condenados al círculo cerrado del aislamiento, sin testigo alguno, cuando la nieve borra toda huella material?

Romero se aleja en dirección del mar, luego de haber escuchado un ruido, “como un corazón *invisible* latiendo” (Suez, 2022: 56) Castro se queda en la casilla, con la mirada fija en un punto de luz *invisible*” (Suez, 2022: 57). Todo ocurre como si, a partir del momento en el que los restos de un soldado desconocido *se hacen visibles* en un espacio desrealizado, el mundo que los rodea perdiese sustancia a su vez. La duda sobre sus existencias parece legítima, no solo por la desaparición del chófer, sino igualmente por las percepciones anómalas de los otros dos, atrapados ambos en una experiencia de lo *invisible* que remite a universos paralelos, a vidas enterradas o a espejismos cegadores. En medio de la nada, quizás no quede nadie.

Las voces espectrales

Otras secuencias de otros relatos apelan a las voces de los muertos, esos testigos absolutos que siguen viviendo sus muertes, los *sobre-murientes*. Pensamos sobre todo en “Pretérito Perfecto”, de Clara Obligado, quien da forma a un relato polifónico, que se sirve como andamiaje retórico de la declinación de los pronombres personales en la conjugación del verbo estar. Cada fragmento está encabezado por una de esas formas: *Yo estaba, Vos estabas, Él estaba, Nosotros estábamos, Ustedes estaban, Ellos estaban*; y en cada uno las voces que hablan, el lugar desde donde hablan, la identidad del que escucha y el lugar desde donde lo hace son distintas. Salvo en el caso de la voz autobiográfica introducida por el Yo, las otras no están directamente identificadas, y no siempre se sabe quién habla cuando la tercera persona narrativa es testigo de las acciones de un personaje en particular, ficticio o no, anónimo o público. Aunque en este último caso, el texto produce los indicios suficientes como para que el lector lo reconozca (Margaret Thatcher, el General Galtieri). El vínculo o puente entre cada una de esas voces, además de la guerra, es la persistente alusión a “la marchita”, la marcha de Malvinas, cuyo autor es Carlos Obligado, el abuelo de la autora; y una alusión recurrente al color rojo sangre que, con variantes, se



cuela en cada uno de los fragmentos. Siguiendo con el hilo de nuestra reflexión, nos vamos a concentrar sobre uno de los fragmentos, el intitulado *Nosotros estábamos*, en el cual el pronombre alude a un colectivo espectral muy específico:

Nosotros estábamos durmiendo contra el cielo cuando oímos los aviones sobrevolar [...] cada vez que escuchábamos los aviones alguno de nosotros gemía como solo gimen los muertos y nos removíamos en el limo, levantábamos nubes de arcilla dorada y flotábamos acercándonos a la costa para gritarles a los vivos que así no viven los vivos (Obligado, 2022: 100).

La colisión entre tiempos, mundos y geografías es extrema: los desaparecidos arrojados al Río de La Plata, los muertos que ha sembrado la dictadura en los años 70, se agitan al escuchar los aviones que vuelan hacia Malvinas en el 82, y que hubieran podido ser los mismos en los que ellos viajaron, drogados, antes de la caída. Dos épocas, dos instancias de muerte decididas por el Estado; el mundo sumergido de los muertos, el mundo amenazado de los vivos, la eternidad sin reposo de los militantes, la inminencia de la muerte de los combatientes de Malvinas... se cruzan y se reflejan en la imagen del avión que anuda el continente y las Islas, en un único movimiento que desnuda el drama común de dos generaciones sucesivas. La secuencia tendrá su espacio de resonancia en otro fragmento a venir: el que se titula "Ellos estaban" y describe, en una suerte de enumeración caótica y dramática, la experiencia de la guerra, integrando en una escena de pesadilla todos los segmentos del relato total acuñado por los sobrevivientes:

[...] ellos al borde de los acantilados gigantescos bajo los que se batía un mar ominoso, sin agua para beber, solos ante el avance del enemigo, ni una tienda de campaña, comida escasa o repugnante, robando ovejas que devoraban en el barro, caminatas eternas bajo la nieve más cálida que el frío, castigos, torturas, bombas, cavar y cavar, bombas, vivir bajo la tierra, bombas, noches y noches rogando mantener la vida, noches y noches deseando perderla, cadáveres retorcidos, manchas de sangre en la nieve [...] (Obligado, 2022: 103).

Mientras los cuerpos a veces adolescentes de los desaparecidos flotan en las aguas del río y repiten infinitamente sus quejas y sus preguntas, los jóvenes conscriptos que combaten en las Islas formulan las suyas en el mundo de los vivos. Las voces que gimen en el limo recuerdan sus historias y señalan a los responsables: "¿Y quién hizo esto? ¿Quién los quebró así? Fueron los



monstruos. Los mismos monstruos que ahora llaman a la guerra” (Obligado, 2022: 101), mientras los combatientes replican desde las islas: “soldados llorando como niños cuando comprendieron la verdad” (Obligado, 2022: 103). El más allá y el más acá; el pasado y el presente, los Centros Clandestinos de Detención y la guerra de Malvinas: escenas de pesadilla que se suceden y se enlazan, escenas que solo separa esa línea cada vez más frágil e imperceptible que diferencia la vida de la muerte. Allí, antes: territorio de fantasmas que a fuerza de estar sumergidos alcanzan una forma de belleza sublimada y alucinatória: “Había una muchacha con la columna firme que no había terminado de crecer, los peces se paseaban entre sus costillas blanquísimas, la cabellera larga y rubia flotando como las algas del río” (Obligado, 2022: 100). Aquí, ahora: alucinación inducida por los designios biopolíticos del Estado militar, que dispone de los cuerpos de “los chicos”:

[...] en el momento de partir nada de esto sabían esos chicos que vieron un atardecer rojo sangre y, abrazados a sus familias, escucharon la marcha por última vez ignorando lo que les iba a pasar y, como lo ignoraban, se sintieron dentro de una película, gloriosos cuando bajaban del barco, héroes cuando caminaron entre las olas con el agua hasta la cintura, las banderas flotando al viento, la mirada hacia el futuro, el grito triunfal: Señores, vamos a liberar Malvinas (Obligado, 2022: 103-104),

utilizando como señuelo una versión cinematográfica de la heroicidad. El laberinto polifónico creado por todas esas voces da como resultado una visión totalizadora del conflicto, que opone las inocencias (Vos estabas, Ellos estaban) a los oportunismos (Él estaba, Ustedes estaban), el pueblo al poder, la incomprensión al cálculo. El hilo que las entreteje es el de la voz autobiográfica de la autora y su descarnada lucidez: “Yo recordé a Videla en el último mundial, las ovaciones, los aplausos, y volví a escuchar ese absurdo de islas y piedras, de gente que iba a morir. ¿No había ya suficientes muertos?” (Obligado, 2022: 96). Esa es la lectura subjetiva de quien escribe desde 1982, la misma voz que elige para reformular su profunda incomprensión al coro de fantasmas que gime en el fondo del río y le da una dimensión de fatalidad histórica: “¿Cómo puede haber una guerra dentro de otra guerra y una muerte más inmensa que la nuestra?” (Obligado, 2022: 101). La misma, finalmente, que anuda unos fragmentos con otros gracias a las reiteradas alusiones a la marchita y a la marca, presente en cada uno de ellos, del ominoso y ubicuo presagio que invade



el mundo: “el cielo se había vuelto de sangre” (Yo, 96), “el sol poniéndose tan rojo” (Vos, 97), la gota de tinta “como una cápsula negra de sangre” / “un crepúsculo de fuego rebotaba sobre la ciudad” (Él, 98), “hay un brillo rojo bajo el agua” (Nosotros, 101), “un atardecer rojo vino” (Ustedes, 102), “un atardecer rojo sangre (Ellos, 104). Omnipresente, la voz que cede la voz, la voz detrás de las voces, repite hipnóticamente, como una letanía, su tributo de palabras a la muerte.

El muerto que vuelve

El muerto que vuelve – el *revenant* – es la manifestación más clara y literal del espectro. Hallamos dos relatos que lo ponen en escena y le dan un papel protagónico, dos fantasmas que entablan una relación particular con un humano viviente, el único que es capaz de percibirlos. Uno de ellos es “Todo el tiempo del mundo”, de Marcelo Figueras, narrado por la voz misma del fantasma, por una voz en principio *imposible*. El segundo, de Carla Maliandi, narrado por la adolescente que traba relación con el fantasma y es su testigo y su amiga, es quien da título al cuento: “Ismael”.

La voz del fantasma narrador de “Todo el tiempo del mundo” es ante todo un testigo de sí mismo, de su propia transmigración a otra condición de la existencia que al principio no comprende y en la cual deberá reconocerse. Todo el proceso del *seguir siendo* una conciencia sin cuerpo está destinado a dotarlo de una presencia que excede la lógica del mundo real y lo define como habitante de un incongruente lugar de poder, en la medida en la que parece escapar a las leyes de la vida y de la muerte, y ser así sujeto de una extraña resiliencia; al tiempo que dispone de una libertad de circulación que ningún límite físico condiciona. Las deambulaciones entre el brezal, el pueblo, el cementerio de cruces blancas y la habitación del niño, son otras tantas pruebas de que, a pesar de la debilidad, todavía dispone de una voluntad y que ésta parece cumplirse de manera inmediata, apenas formulada. El espectro articula en su mente las palabras que busca para poder pensarse, y avanza progresivamente en la aprehensión de su nueva condición:



Asumió que estaba muerto, sin angustiarse. Tal vez porque podía pensar en ello, y eso significaba que no lo estaba del todo. De algún modo seguía existiendo. Carecer de un cuerpo, de materia, era una ventaja en esa circunstancia: no tenía un corazón que se acelerase, su respiración no se entrecortaba, no contaba con miembros que someter a temblores. La suya era una condición nueva, que lo desafiaba a encontrar otra receta para ser. [...] Estaba más allá de la exaltación y de la pesadumbre; esencialmente, estaba más allá del dolor (Figueras, 2022: 34).

Testigo de su ser espectral, que a la vez testimonia de la persistencia del combate, pero ya ajeno a sus peligros – “esa clase de testigo era uno intocable” (Figueras, 2022: 35); portador todavía de su memoria lejana, pero incapaz de reconstruir las circunstancias exactas –las razones o sinrazones– de su muerte, el fantasma tiene necesidad de *otros testigos* para completar su propia imagen. Uno de ellos, el abuelo, emerge en el recuerdo de la vida que vivió. El otro, el niño kelper pelirrojo que primero lo atraviesa y luego ve en él a un piloto al que le falta un brazo, da realidad a su presencia al proferir la frase “I can see you” (Figueras, 2022: 36). Sanciona así la transmigración del combatiente devenido *espectro* y abre una futura posibilidad de diálogo con la comunidad de los vivos. Si ya desde el principio del relato parecía indispensable pensar la figura de un doble en el que proyectarse y existir (el incongruente zorro de pelaje rojizo que cree entrever en el páramo), para poder concebirse en su nueva incompletud:

¿Y si lo que había visto era un reflejo? ¿Había descubierto su naturaleza: era un perro-zorro de espesa pelambre, pero incapaz de sentir el látigo del viento? ¿Acaso era eso lo que había registrado: su propia imagen espejada en la cortina de la lluvia? Pero cuando intentaba verse no veía nada. ¿Cómo podía proyectar una estampa de la que carecía? (Figueras, 2022: 30);

el encuentro amistoso con el niño, que lo incorpora a su mundo de percepciones con naturalidad y respeto, lo confirma en su etérea resurrección:

Estaba claro que veía en él algo que él mismo no veía. Descartó que contemplase un zorro-perro, nadie le hace la venia a un animal extinto. Un saludo así se le rinde tan solo a un militar de mayor escalafón –o a un piloto (Figueras, 2022: 37).

Todavía sin palabras para proferir, el diálogo con el niño es gestual; pero hay en ese esbozo una promesa de continuidad. Y esta vez, cuando se retira, el reflejo ya no es el del zorro, sino: “La más fugaz de las visiones: una *silueta* que se desplazaba, la imagen de un hombre joven que vestía uniforme” (Figueras, 2022: 38).



“Vivir de ese modo”, moverse “con la gracia del aire” puede volverse una evidencia gracias a la mirada del otro. Más que el relato de una muerte, el texto de Figueras parece narrar una particular resurrección, el ingreso en otra dimensión de la existencia en la que algunas interlocuciones son posibles y la memoria del pasado puede sostener el reconocimiento de sí en el presente; la institución de un nuevo, indestructible impulso vital gracias al cual seguirá estando, en un tiempo sin tiempo.

Otra variante de esa ratificación de una forma espectral de existencia gracias a la mirada del testigo se halla en “Ismael”, de Carla Maliandi. Esta vez el soldado muerto, Ismael, es convocado por una adolescente que juega a comunicar con los espíritus, lo que acaba con la instalación del fantasma en la habitación de la protagonista. El tratamiento de la figura espectral difiere del que podemos observar en el caso del relato anterior.

Por una parte, el fantasma, cuya inmaterialidad lo dota de las mismas capacidades para trasladarse contrariando las leyes de la gravedad, es más que una silueta, es una presencia con atributos tangibles e identificatorios:

Quando volví a mi pieza encontré a un hombre sentado en el borde de mi cama. Primero pensé que era un albañil. [...]

Soy Ismael, dijo.

Sostenía un casco entre las manos y miraba las ramas del roble del otro lado de la ventana. Su ropa estaba descolorida. No pude darme cuenta si era un adulto o un chico con la mirada de un hombre grande, con el cuerpo cansado (Maliandi, 2022: 151).

Ismael habla, es insomne, no necesita comer, tiene un vago recuerdo del momento de su muerte: “Corría entre las explosiones, el ruido lo aturdía. Sintió un chiflido muy fuerte, una quemadura en el pecho y después todo se puso blanco como la nieve” (Maliandi, 2022:154). Todos esos rasgos confirman su calidad espectral, pero al mismo tiempo escucha música, canta, dibuja y ayuda a su nueva amiga a resolver los ejercicios de matemáticas. Hace gimnasia, lee libros, cuenta cosas de su vida y tartamudea cuando no está seguro de algo. Nunca sale de la habitación, o sea que solo ella lo ve, y se convierte en su amigo y confidente.

En cuanto a la narradora, no solo puede ver a Ismael, sino que además entabla una relación con él que se prolonga a lo largo de los años y tiene influencia en algunas de sus decisiones: sube más temprano a su habitación por



las noches para no dejarlo solo, se angustia y se pone a llorar un día que no lo encuentra (“Eran lágrimas de angustia y de alivio al mismo tiempo [Maliandi, 2022: 157]”), y se opone a que los padres vendan la casa pensando en qué pasaría con él en ese caso. La narradora crece, su vida cambia, cada vez tiene menos tiempo para compartir con el soldado, y a veces hasta se olvida de su presencia. Él atraviesa diversos estados de ánimo: a veces se encierra en sí mismo y prefiere estar solo, otras hace travesuras como los chicos; cuando lo reprenden se queda en silencio. Ha perdido la capacidad de sentir con el cuerpo; en cuanto al sentimiento, su comportamiento es errático: se preocupa si su amiga está triste, pero no la entiende cuando llora, como si ese acto fuese completamente ajeno a su experiencia.

El distanciamiento entre ambos es progresivo, y la imagen de Ismael, que sigue estando dentro de la habitación a través de los años, parece inalterable: “ahí estaba él, con el casco en la mano, pensando en sus cosas” (Maliandi, 2022: 158); tan abstraído en su mundo paralelo que no comprende el dolor de su amiga cuando le dice que venden la casa y se van: “Tenía la misma mezcla de confusión y desinterés que cuando alguna vez le ofrecí comida, o una frazada para taparse en invierno” (Maliandi, 2022: 159). Pertenecer al *otro mundo* es entonces esa inconsistencia del que prescinde del cuerpo, ese ensimismamiento del que todavía no puede explicar lo que le ha ocurrido, ese desinterés por lo material y la imposibilidad de proyectarse en el futuro.

Si el espectro de Figueras razonaba con la posibilidad de meditar porque “tenía todo el tiempo del mundo” (2022: 38), asumiendo así su lote de eternidad, el de Maliandi está suspendido en un presente absoluto e inalterable. En “Todo el tiempo del mundo” la voz subjetiva era la del espectro, con lo que teníamos acceso a su conciencia, a la progresiva ascunción de la nueva condición y a sus proyectos. En cambio, Ismael es solo alguien visto por otro; en ningún momento el misterio de su *seguir estando* en el mundo es abordado. Frente a un espectro liberado del cuerpo que descubre nuevas modalidades posibles del ser y que permanece en el territorio lacerado de Malvinas, Ismael es un espectro ensimismado, que está de vuelta en el continente y, aunque al principio parece consentir un simulacro de vida ordinaria, acaba relegado en su extrañamiento.



Ambos están solos, ambos están más allá del dolor; pero el piloto parece haber conservado la potencia del deseo y del paisaje que lo vio morir. Ismael aborda quizás su eternidad como corte con la vida y con las islas, como suspensión infinita del entendimiento. El primero se ha quedado en las Islas; el segundo es un *vuelto*: se ha quedado sin las Islas.

Tanto la narradora de “Ismael” como el niño de “Todo el tiempo del mundo” son testigos que validan el *seguir siendo* del otro y al mismo tiempo no pueden ejercer la verdadera función del testigo, que es la del relato. Porque la aparición solo es perceptible para ese testigo, porque ellos son los únicos en ver lo invisible, que según la lógica habitual del mundo, es también lo imposible. Ambos son por definición testigos contrariados, en la medida en que no pueden hablar y aunque hablaran, no serían creídos. Y ambos cargan, aunque de maneras diferentes, con la abismal responsabilidad de esas apariciones, totalmente dependientes del ojo que las mira y las hospeda. Los dos espectros, a su vez, podrían ser caracterizados como los testigos absolutos, en la medida en que han vivido, valga la paradoja, la experiencia de la muerte, de la que dan fe. Si bien en ambos casos la *aparición* asume rasgos muy diversos y ninguno de los dos abunda en un relato propiamente dicho, su presencia los confirma como los *restos* significantes de la experiencia, *lo que queda* de Malvinas. Porque el pasado siempre acosa al presente, estos fantasmas ligan los sujetos presentes a las historias pasadas. Aquello que se ha perdido u ocultado está definitivamente vivo en el presente y, como dice Janice Radway, “a ghost is that it has a real presence and demands its due, your attention”. Porque, finalmente, “To write stories concerning exclusions and invisibilities is to write ghosts stories. [...] To write ghosts stories implies that ghosts are real, that is to say, that it produces material effects” (Gordon, 2008: 17).

Esos efectos materiales se perciben de diferentes maneras en los relatos estudiados. De la impregnación discursiva que alude al espectro aun cuando no se lo convoque en tanto tal, y que contribuye a desrealizar el mundo y la Historia; pasando por la representación de lo que *ya no es* o de lo que *quizás fue*, acentuando la incertidumbre y la duda; hasta la aparición del espectro en el mundo quien, con su sola silueta reclama ser reconocido o bien se incrusta en



el presente para recordarle a los vivos no solo lo que han perdido, sino también lo que nunca tuvieron y desearon, la dimensión utópica de la vida, el *derecho a ser vistos*. El espectro busca una respuesta y un lugar donde habitar, el rostro que perdió. Su presencia, visible o no, altera nuestro orden, tiñe nuestra memoria, saca a la luz lo sepultado. Sus necesidades son las nuestras, porque el único sentido social de su inquietante latencia es el contacto con quienes están vivos, ahora.

Lo que debe ser hecho es un reclamo de cada instante. Y la literatura ha colaborado, a su manera, para que esa deuda empiece a ser saldada por la sociedad. A 40 años de la guerra, los efectos materiales se plasman en el actual reconocimiento institucional. Falta que a la memoria, laboriosamente recuperada, se sume la Justicia.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRUETTO, María Teresa (2022). "Fragmentos de un relato imposible". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 27-238.
- CONSIGLIO, Jorge (2022). "Retaguardia". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 59-73.,
- DAL MASO OTANO, Silvina (2012). "Preguntas sobre la melancolía". En IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, Buenos Aires. Disponible en https://www.academia.edu/36553304/Preguntas_sobre_la_MelancoI%C3%Ada [Fecha de consulta: 1 de junio de 2022].
- FIGUERAS, Marcelo (2022). "Todo el tiempo del mundo". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 25-38.
- GATTI, Gabriel, (2014). *Surviving forced disappearance in Argentina y Uruguay*. New York: Palgrave McMillan.
- GORDON, Avery (2008). *Ghostly matters. Haunting and the sociological imagination*. Foreword by Radway, Janice. Minneapolis: University of Minnessota Press.
- GUSMÁN, Luis (2022). "Lejos de casa". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara", pp. 19-24.
- HARWICZ, Ariana (2022). "Archipiélago remoto del Atlántico Sur". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara", pp. 39-46. Disponible en https://www.academia.edu/52186294/Historias_de_des_aparecidos_Un_abordaje_antropol%C3%B3gico_sobre_los_fantasmas_en_torno_a_los_lugares_don_de_se_ejerici%C3%B3n_la_represi%C3%B3n_pol%C3%ADticahttps://www.acad



[ema.edu/52186294/Historias de des aparecidos Un abordaje antropol%C3%B3gico sobre los fantasmas en torno a los lugares donde se ejerci%C3%B3 la represi%C3%B3n pol%C3%ADtica](https://www.ema.edu/52186294/Historias_de_des_aparecidos_Un_abordaje_antropol%C3%B3gico_sobre_los_fantasmas_en_torno_a_los_lugares_donde_se_ejerci%C3%B3_la_represi%C3%B3n_pol%C3%ADtica) [Fecha de consulta: 15 de junio de 2022].

- LACAN, Jacques (2017). *Seminario 6 (1958-1959). El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Editorial Paidós, Buenos Aires.
- MALIANDI, Carla (2022). "Ismael". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara, pp.147-159.
- OBLIGADO, Clara (2022). "Pretérito imperfecto". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 93-104.
- RADWAY, Janice (2008). "Foreword". En Gordon, Avery (2008), *Ghostly matters. Haunting and the sociological imagination*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- RONSIÑO, Hernán (2022). "Ejército enemigo". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 75-91.
- TORRES, Victoria y DALMARONI, Miguel (ed.) (2022). *La guerra menos pensada*, Alfaguara, Buenos Aires.
- SEMILLA DURÁN, María (2016). "De 1976 a 1982. Alusiones y elusiones de una genealogía", *Amerika*, n.º 15. Disponible en <https://journals.openedition.org/amerika/7688> [Fecha de consulta: 3 de julio de 2022].
- SEMILLA DURÁN, María A. (2022). "Continuidades y bifurcaciones en la literatura de Malvinas. Otras inscripciones posibles", *Aletheia*, vol. 13 [en prensa].
- SUEZ, Perla (2022). "Permafrost". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 47-57.
- TELLO WEISS, Mariana (2016). "Historias de (des)aparecidos. Un abordaje antropológico sobre los fantasmas en torno a los lugares donde se ejerció la represión política", *Estudios de Antropología Social -Nueva Serie-*, n.º 1, pp. 33-49.
- YEMAYEL, Mónica (2022). "Las chicas del 63". En Victoria Torres y Miguel Dalmaroni (eds.), *La guerra menos pensada*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 205-226.